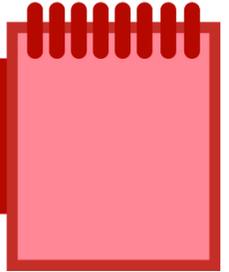


0. ANTES DE EMPEZAR A JUGAR



Numerosos autores han cuestionado la existencia histórica de Jesús. Se esforzaron por presentar el cristianismo como una invención de los apóstoles, y la figura de Jesús como un mito. Todas estas teorías se han abandonado y se ha demostrado que carecen por completo de validez científica.

Más peso tuvieron las investigaciones y los ataques dirigidos a la verdad y la fiabilidad histórica de los evangelios. Es sabido que ninguno de los cuatro evangelios pretendió ser una biografía histórica de Jesús, sino que reflejan la imagen de Cristo, tal y como se había formado en los corazones de sus fieles y amados discípulos. Pero se puede constatar que detalles relativos a la vida de Jesús son históricamente ciertos.

Así pues, la existencia histórica de Jesús es incuestionable. De hecho podemos situar su nacimiento, bajo Herodes el Grande, hacia el año 4 o 5 antes de la era vulgar, y su muerte en cruz, bajo Poncio Pilato, el 14 o 15 de nisán de uno de los años que van del 30 al 33 d.C. La existencia histórica de Jesús está atestiguada también en fuentes no cristianas.

No encontramos ningún pasaje bíblico donde Cristo formulara la orden de fundar la Iglesia. No obstante, los testimonios bíblicos y las imágenes de las que Jesús se sirvió para caracterizar su concepción de la Iglesia, nos hacen comprender claramente que él tenía una idea de Iglesia muy concreta y que ésta la compartían del mismo modo también los apóstoles.

No hay que olvidar que la Iglesia recibe su divinidad de Cristo, su fundador, y la inclinación al pecado proviene de los seres humanos que la forman. No sólo en torno a ella, sino incluso en su mismo seno y en el alma de cada uno de sus fieles, se desarrolla una lucha entre lo divino y lo humano. Es Iglesia de santos e Iglesia de pecadores. En su historia, como en la vida de cada creyente, esta lucha da origen a constantes altibajos, a continuas oscilaciones entre un estado de elevada espiritualidad y una situación de decadencia.

Redimir y santificar la humanidad: éste es el programa vinculante que Cristo ha encomendado a la Iglesia. Así, la condición de la Iglesia en la historia debe ser conmensurada según el modo y la solicitud con que ha cumplido en su existencia terrena este mandato divino. A menudo, los medios y los métodos han cambiado y han tenido que adaptarse a las exigencias del elemento humano; pero el mandato y el fin siguen siendo los mismos.

